

COMO EL AIRE



Rafael Cuevas Molina

COMO EL AIRE





© EUNA Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo, Costa Rica
Teléfono: 2562-6754 Correo electrónico: euna@una.ac.cr
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)
La Editorial Universidad Nacional (EUNA) es miembro del Sistema
Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA)

Premio UNA Palabra 2019

© Como el aire
Rafael Cuevas Molina

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.ac.cr
Diseño de portada: Mundo Creativo

G863.44

C965c Cuevas Molina, Rafael, 1954-
Como el aire / Rafael Cuevas Molina --
Primera edición. -- Heredia, Costa Rica : EUNA,
2020

136 páginas ; 21 cm

ISBN 978-9977-65-547-5

1. LITERATURA GUATEMALTECA 2. NOVE-
LA GUATEMALTECA I. Título

De conformidad con el Artículo 16 de la Ley N.º 6683, Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, con excepción de lo estipulado en los artículos N.º 70 y N.º 73 de la misma ley, en los términos que estas normas y su reglamentación delimitan (Derecho de cita y Derecho de Reproducción con fines educativos).

Contenido

Yo (1).....	11
Lo averiguado en Tejutla.....	14
La llegada.....	20
La casa de los Gómez Chuj.....	32
En Ciudad de Guatemala.....	41
La cárcel.....	59
Josefina.....	65
Sobre el Belisario.....	79
Negocios y negocitos.....	89
Chontes y chafas.....	101
El embrollo.....	105
Los muchachitos.....	113
Laperiferia.....	117
Girando alrededor.....	120
Otro nudo.....	126
Yo (2).....	128

*Sospechó, de golpe, lo que todos llegan a comprender,
más tarde o más temprano: que era el único hombre
vivo en un mundo ocupado por fantasmas*

Juan Carlos Onetti, El Astillero

YO (1)

El viernes 19 de marzo de 2016, a eso de las tres y media de la tarde, fui llamado a la dirección del periódico en donde trabajaba y se me encomendó un reportaje de lo que llamaron “el caso Josefina Gómez Chuj”. Dada mi situación precaria por mi condición de estudiante de periodismo que no lograba cuadrar del todo con las expectativas de mis jefes, no me quedó más alternativa que partir casi inmediatamente a cumplir la misión encomendada.

Mi madre siempre se opuso a este tipo de “misiones suicidas”, como las llama ella, más aún si tratan de personajes como al que tenía que seguirle la pista en esa ocasión; así que cuando me preguntó el porqué de mi salida intempestiva solo le respondí con vaguedades y evasivas y partí inmediatamente, con apenas lo indispensable acomodado en mi mochila montañera.

No me asignaron, como es lo usual en estos casos, un fotógrafo, y la respuesta que me dieron cuando lo solicité fue tan ambigua y esquiva como la que yo le di a mi madre. Tuve la vaga impresión, que se ha acrecentado con el tiempo, que me asignaban el trabajo porque no había nadie más que se animara a llevarlo a cabo, y como yo era el más vulnerable del equipo no tenía otra alternativa que aceptar.

Así que partí sin más hacia Tejutla, el pueblo donde había nacido la señora Gómez Chuj, el sábado de madrugada, en La Marquense, una camioneta desvencijada que viajaba a

más de cien kilómetros por hora en una ruta llena de curvas y precipicios, y me hospedé en la pensión El Buen Paso, a una cuadra del parque.

Una misión como la que se me había encargado no debía durar más de quince días, y eso alargando mucho las cosas, pero yo me enredé cada vez más en una madeja que parecía no tener fin. Volví pronto de Tejutla y me reuní con mis jefes, a quienes expliqué que para traspasar la fina nata que apenas había atisbado en el pueblo, debían darme más tiempo. Aceptaron con la condición de que iniciara la publicación del reportaje por entregas semanales, pero logré convencerlos de que, si lo hacíamos, los posibles informantes pondrían pies en polvorosa.

Así empecé la nueva etapa, esta vez en la ciudad capital, pero sin que yo ni nadie hubiera podido preverlo, las cosas se fueron prolongando más de la cuenta, hasta que la situación en el periódico no dio para más y me echaron. Antes de irme mentí y dije que estaba por terminar, que con un par de semanas más habríamos llegado al meollo de todo, pero lo más que conseguí fue una pírrica prórroga de ocho días, al cabo de la cual ni siquiera me hablaron sino que simplemente me enviaron la carta de despido.

Así, sin empleo ni recursos, las cosas se me pusieron cuesta arriba. Al mismo tiempo y sin casi darme cuenta, iba entrando a un mundo desconocido para mí, una especie de secreto hecho de asuntos sabidos y confundidos a propósito o por azar, o por las dos cosas.

Fue así como caí en la cuenta que a pocas cuadras de mi casa, al otro lado de la Avenida Elena, había una realidad que siempre había estado ahí, y que yo había visto como con el rabillo del ojo sin nunca prestarle mucha atención. Me di cuenta que gente que yo conocía de toda la vida, el señor de la peluquería, la señora de la tienda, el muchacho que atendía en la gasolinera, con quienes yo me encontraba casi a diario y con quienes a veces entablaba conversación, eran los enlaces idóneos y confiables para llevarme por los túneles en los que andaba metido.

Así fui entrando paulatinamente en el submundo del Cartel de El Gallito, ahora comandado por Josefina Gómez Chuj, conocida como “La India”, y junto a ella Belisario, un ser al que a estas alturas no logro aún descifrar, una especie de

fantasma omnipresente o de sombra que parece ver y oír todo a su alrededor.

Cuando creí que tenía la información suficiente, los acontecimientos me atraparon. Sin querer, me fui involucrando y teniendo información que, aunque siempre equívoca y poco confiable, contenía datos valiosísimos, útiles en sentidos y formas que yo no alcanzaba a entender, y que los mismos informantes no sabían tampoco hasta dónde llegaban.

Después de casi un año de preguntar aquí y allá, de contactar con gente que no mostraba la cara ni daba el nombre, las cosas empezaron a complicármeme, y de cazador de información pasé a ser presa codiciada. Algunos querían desaparecerme y otros apresarme para estar seguros de que no supiera algo que los afectara. Pero a ciencia cierta no sé a cabalidad qué querían, porque en medio de una situación de apremio y confusión, los acontecimientos se fueron desencadenando de una forma que nunca me habría imaginado.

Dejo a quien pueda leer estas notas el encargo de cuidarlas y, eventualmente, si fuera el caso, entregarlas a quien le parezca que pueda hacer un uso adecuado de ellas.